FRAN ZABALETA

En tiempo de halcones

Grijalbo

Primera edición: enero, 2016

© 2016, Fran Zabaleta
Publicado por acuerdo con Ilustrata/Enlaceditor
© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Mapas e ilustraciones de las portadillas: © 2016, Pepe Medina

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.*
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-253-5363-5
Depósito legal: B-25.794-2015

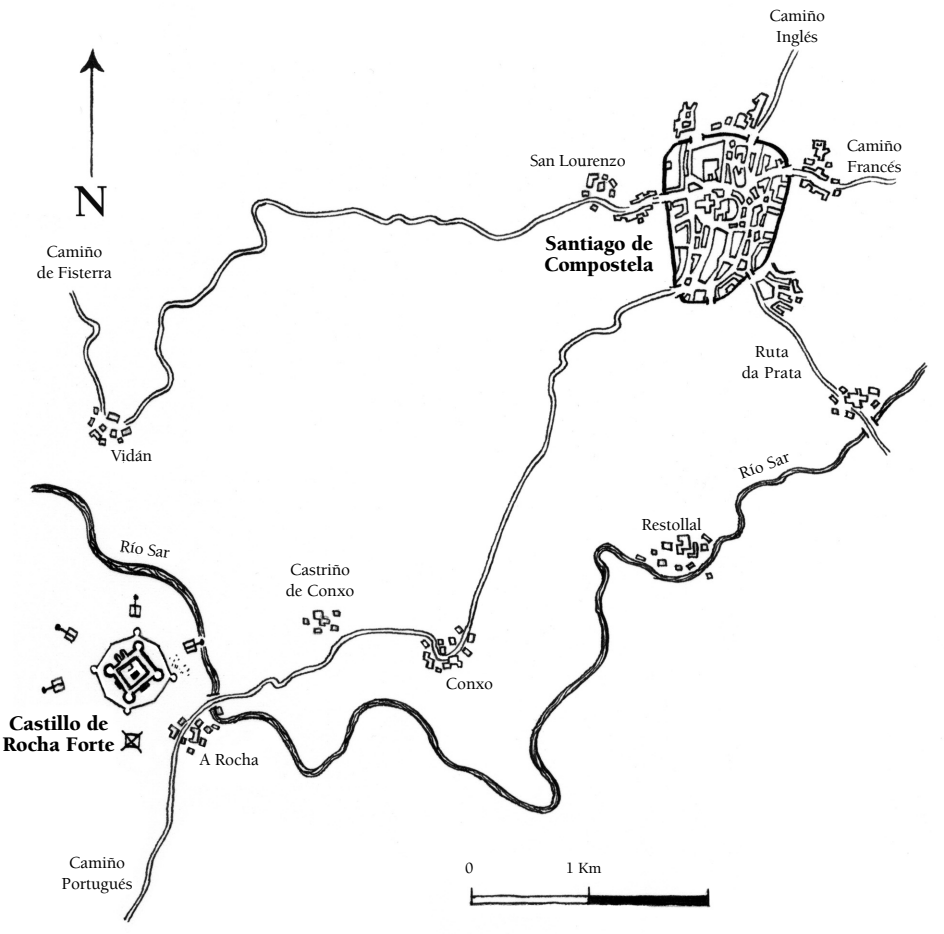
Compuesto en La Nueva Edimac, S. L.

Impreso en Liberdúplex
Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

GR53635

Penguin
Random House
Grupo Editorial

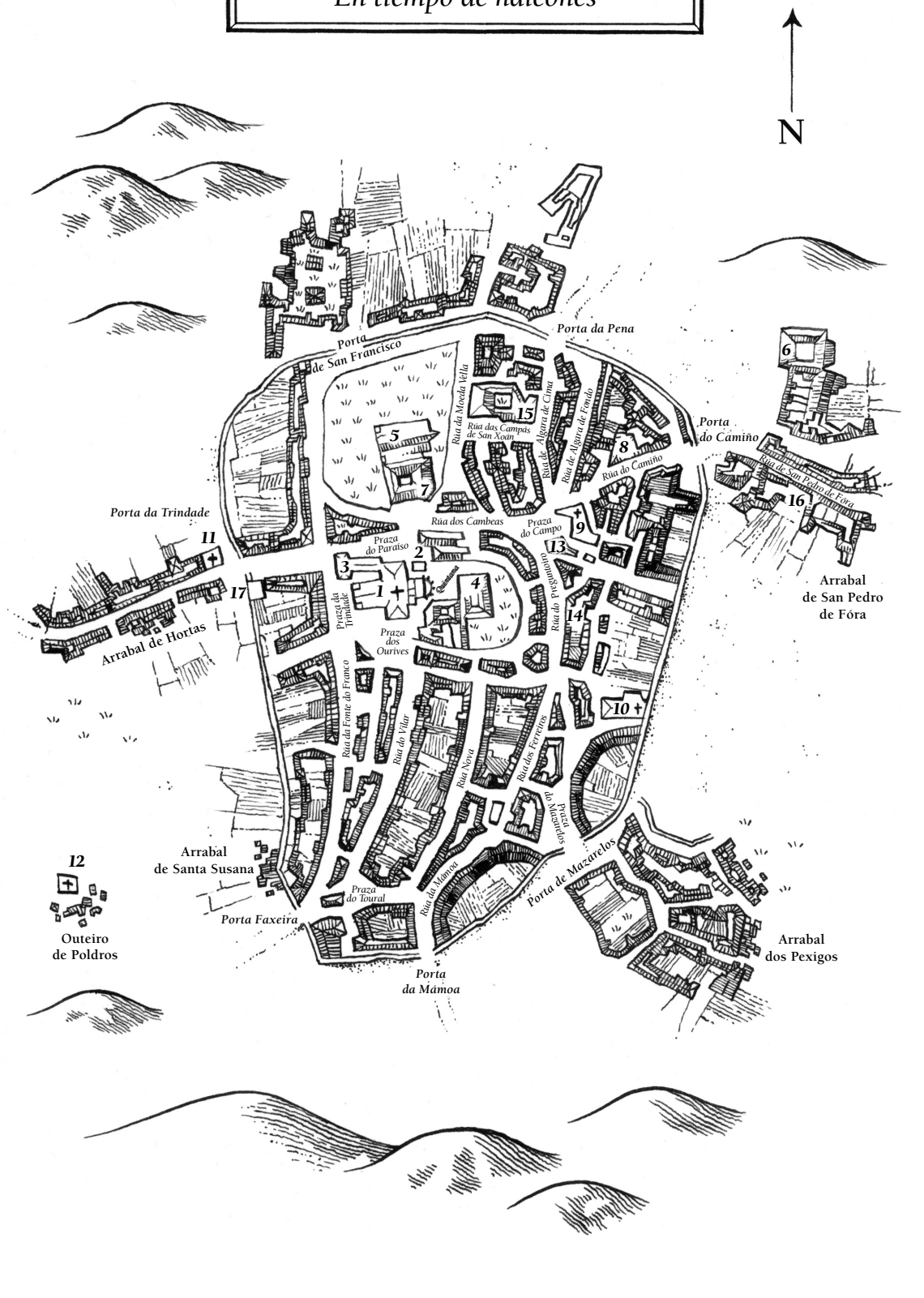
Santiago de Compostela y Rocha Forte



Leyenda del plano de Santiago de Compostela (*derecha*)

1 Catedral
2 Iglesia da Corticela
3 Palacio arzobispal
4 Monasterio de San Paio de Antealtares
5 Monasterio de San Martiño Pinario
6 Monasterio de San Domingos de Bonaval
7 Hospital arzobispal
8 Hospital de San Miguel
9 Iglesia de San Bieito de Campo
10 Iglesia de San Fiz de Solovio
11 Iglesia da Trindade
12 Ermita de Santa Susana
13 Palacio de los Moscoso
14 Posada del León Real
15 Casa de los Calteno
16 Casa del Arcanxo
17 Torre da Trindade

Santiago de Compostela en *En tiempo de halcones*



PRÓLOGO

La chispa que prende los anhelos

Enero de 1458,
algún lugar del reino de Galicia

El invierno clavaba sus garras en la tierra. El carromato avanzaba pesadamente por el camino embarrado. Maese Guímaro se arrebujó en la vieja capa encerada, en un intento vano por resguardarse algo más de la lluvia. Paseó la vista por la alfombra de hojas y arbustos pelados, los troncos musgosos y el ramaje desnudo que formaba un dosel sobre su cabeza y después echó una mirada furtiva a su compañero, sentado a su lado en el pescante con las riendas en la mano. La cabezota de maese Goros se movía con aprensión de un lado para otro, atenta a todo menos al sendero. Guímaro suspiró; casi podía leerle el pensamiento.

Pronto se haría de noche. Tenía ganas de calentarse frente a un buen fuego mientras se echaba un trago de vino caliente y especiado al coleto. Oh, qué diablos, con un techo y una brazada de paja se conformaría; cualquier cosa era mejor que aquel aguacero gélido y aquel bosque solitario.

Las ruedas pisaron una rama caída, que estalló con un chasquido. Un cuervo graznó y levantó el vuelo.

—*Aire ruín, afástate de min* —murmuró Goros con voz queda. Sujetó las riendas con la mano izquierda y con la derecha aferró con fuerza la higa que llevaba colgada del cuello para protegerse del mal de ojo; luego se persignó—. Tú y tus ideas brillantes —masculló con un castañeteo de dientes y, tras dedicarle una mirada de reproche, añadió en un susurro—: Recuérdame que nunca más te haga caso.

Guímaro se volvió hacia él con una sonrisa. El gran sombrero

de fieltro de ala ancha con el que se cubría soltó una rociada de agua sobre su compañero, que bufó airado.

—Puedes refunfuñar cuanto quieras, pero esta vez no nos han asaltado —le recordó, hablando también en voz baja. Aquel bosque interminable imponía silencios y alentaba temores, incluso a él—. ¿Quién en su sano juicio va a atacar a unos humildes viajeros con este tiempo infernal? —Incapaz de refrenarse, añadió con sorna—: ¡Hasta el mismísimo Olláparo debe de estar escondido en lo más profundo de su cueva rogándole al diablo que haga salir el sol!

—¡Calla, por Dios! —Goros se santiguó de nuevo, visiblemente alarmado ante la mención del monstruo de un solo ojo devorador de hombres—. ¿Acaso quieres tentar la suerte? —susurró, mirando en derredor.

Guímaro se encogió de hombros y lo observó. Su figura grotesca, de talla menguada y espalda gibosa, hacía que las gentes le miraran con recelo, como si fuera uno de esos engendros que tanto temía. Sin embargo, había conocido a muy pocas personas con un corazón tan grande como el del enano.

—Pero has de reconocer que tengo razón —insistió—. Ni un maldito noble acecha los caminos cuando llueve. Prefieren esconderse como comadrejas en sus torres y calentarse los huesos frente al hogar, bien provistos de vino caliente y pan recién hecho, así que deberías dar gracias por esta húmeda compañera. Ea, deja de preocuparte y disfruta del viaje. ¿Dónde estaríamos más seguros que aquí?

—Maldita sea, ¿cómo puedes estar de buen humor con un tiempo así? Y encima me vienes con fuegos y manjares, ¿pretendes torturarme?

—Lo haré hasta que admitas que tengo razón. Todavía no te lo he oído decir.

—¡Antes se helará el infierno! Y aún no estamos a salvo. —El enano sacudió las riendas para animar al viejo penco, que había reducido su marcha al iniciar el camino una prolongada ascensión—. Si yo fuera salteador, elegiría días como este para sorprender a los incautos.

—Pues habrá que agradecer que no lo seas.

—¿Salteador?

—Incauto.

Volvió a reinar el silencio, únicamente roto por el crujido de las ramas, la lluvia que amainaba y el resuello fatigoso del animal.

—No aguantará mucho más, el pobre —murmuró Goros al poco, señalándolo con la barbilla.

—Pronto descansará. Ya deberíamos estar llegando.

—Dios te oiga.

—Sería la primera vez.

Un poco más adelante alcanzaron la cima de un cerro, desnuda de árboles. Les golpeó un viento frío que heló las mejillas de Guímaro. También él se sentía inquieto, aunque jamás lo reconocería ante Goros. El reino se hallaba sumido en la violencia, víctima de guerras absurdas y rencillas de ciegos, y los caminos eran de todo menos seguros. ¡Malos tiempos para un par de viejos titiriteros ambulantes! Por si fuera poco, estaban atravesando las tierras del conde de Lemos, uno de los señores más rapaces, poderosos y despiadados de Galicia.

Contempló el paisaje. El cielo y la tierra eran un lienzo de tonos plomizos y parduscos. A través de la lluvia fina se vislumbraba un terreno suavemente ondulado, y aquí y allá, en las laderas que miraban al norte, se distinguían nítidas manchas de nieve. «Como ánimas errantes», pensó. Pero no lo dijo en voz alta.

Por fin dio con lo que buscaba: el leve resplandor de unos fuegos, no muy lejos.

—Allí —señaló.

Maese Goros aguzó la vista y luego se volvió hacia Guímaro, decepcionado.

—¡Eso es una aldeúcha!

—Es mayor de lo que parece desde aquí. De todas formas, es el único lugar habitado que podemos alcanzar esta noche. —Al percatarse de la contrariedad del enano, dulcificó el tono—. No te desanimes, Goros. ¿Para qué andamos por los caminos, si no? Esos labriegos no habrán visto unos cómicos en años. Hablarán de nosotros a sus nietos, ya verás.

—Me daré por satisfecho si no les cuentan cómo arrojaron a un trasgo al estercolero.

Guímaro le observó con expresión preocupada. Sabía que no eran palabras vanas. El aspecto de su amigo solía suscitar el miedo en las gentes, y del miedo a la violencia solo mediaba un paso muy pequeño, como en tantas ocasiones había comprobado. Pero Goros seguía hablando:

—En fin, qué le vamos a hacer. Al menos espero que conozcas una buena posada en ese agujero…

—En realidad nunca he estado ahí. ¡No pongas esa cara! Solo lo he divisado en alguna ocasión al pasar por el camino real, y creo que podría ser un buen lugar para detenernos. —Fingió no haber oído el bufido de Goros—. Esos aldeanos también tienen derecho a escuchar lo que nobles y curas callan. Y a fe que cada día que pasa es más urgente que alguien les abra los ojos.

—Mientras no nos abran ellos a nosotros la cabeza…

—Oh, yo no dejaría que eso me quitara el sueño. ¡Me gustaría conocer al bruto capaz de partir ese granito que llamas cabeza! —Compuso una mueca de guasa—. Claro que, si lo prefieres, podemos detenernos aquí y guarecernos en el carromato…

—¿Y pasar la noche en medio del bosque? —dijo Goros, alarmado—. ¡Pretendo llegar a viejo! Además —añadió con la voz más firme—, por una vez reconozco que tienes razón. —Guímaro enarcó las cejas, empezó a escapársele una sonrisa… y por prudencia calló—. Tenemos una tarea que hacer, esos pobres diablos nos necesitan más de lo que imaginan.

—A veces me pregunto si no estamos locos.

Goros azuzó al caballo.

—A mí lo que de verdad me preocupa es que seamos los únicos cuerdos.

El bebé estaba llorando otra vez. María dejó de revolver el puchero, apartó la vista del triste caldo con desaliento y se quedó inmóvil. El resplandor del hogar llenaba la estancia de sombras siniestras que ocultaban la piedra irregular de las paredes, oscurecida

por el humo de mil fuegos y con clavos de los que colgaban los pocos enseres que poseían. El techo de paja estaba repleto de telarañas que se estremecían con el viento que se colaba por las rendijas. Se fijó en que la gruesa araña del rincón, sobre la cama, estaba encogida. «Va a seguir lloviendo un rato», pensó con desgana.

—¡Mujer, el crío! —demandó el Xosé, sentado al lado del fuego. Con la mano izquierda sujetaba el astil de la azada contra un tocón que mantenía firme entre los pies, mientras con una *machada* en la derecha daba pequeños y precisos golpes en el extremo del mango para reducir su circunferencia.

María sabía bien que nada podía hacer, así que no se levantó. Lo que le pasaba a su hijo era que tenía hambre; y ella, los pechos secos. La cosecha anterior había sido muy escasa y no habían podido pagar las rentas señoriales, así que el sayón se había apropiado del cerdo. ¡Llevaban meses engordándolo, contaban con él para el invierno! Sin cerdo no hubo matanza en otoño, y sin matanza las grasas huían del cuerpo más rápido que las pulgas del fuego. Llevaba un mes alimentándose de agua sucia y verduras podridas. ¿Cómo iba a quedarle leche?

Espió furtivamente a su marido. La espalda encorvada, el pelo oscuro con algún mechón que le caía sobre los ojos, la expresión dura y concentrada, las manos grandes y callosas. Solo llevaban tres veranos casados, pero a veces le daba la impresión de que había transcurrido toda una vida. El Xosé no era mal hombre. No se gastaba lo que no tenían en vino ni descargaba sus frustraciones en su espalda. No muy a menudo, al menos. Pero sentía que las cosas se le habían torcido y que, de alguna manera, él era el responsable. Se había casado tan enamoradiña, apenas una cría todavía… Ya ni se acordaba de qué le había atraído tanto del Xosé. En cambio, había aprendido lo que era un aborto y que se le muriera una criatura al poco de nacer.

La otra no tardaría en seguirle.

Ya no le quedaba leche. Solo el hambre, una comezón en el vientre que le robaba las fuerzas y le horadaba el entendimiento. Había que encontrar una solución. ¿Quizá, si se insinuaba al sa-

yón, conseguiría que le diese algo de comida, lo justo para sobrevivir hasta la cosecha?…

En las últimas semanas la idea le rondaba con la tenacidad de una polilla. De repente le vinieron a la cabeza las palabras que siempre repetía el padre Bermudo: «¡Alejaos de las tentaciones del diablo! ¡Satanás sabe que la mujer es débil y os tentará!».

Qué sabría el padre. Lo último que sentía ella era lujuria. El sayón, sin embargo… Más de una vez había notado su mirada sobre la piel. Conocía bien aquella forma de mirar que parecía querer levantarle las sayas con la sola fuerza del deseo. «Los hombres te son así. Basta un cuerpo fresco para que se les nuble la mollera.»

—*Muller!* —alzó la voz su marido, enfadado.

Mientras se acercaba a la cuna, María siguió dándole vueltas a la idea. El sayón estaba ya entrado en años, rondaría los cuarenta. Le faltaban varios dientes, tenía marcas de viruela en la cara y una expresión de cobra lasciva que le revolvía las tripas. «¿Y qué? —se dijo—. Tampoco te es cosa de pasarlo bien.» Solo sería un instante. Unos cuantos manoseos, unos empujones y listo. Conseguiría algo para llevarse a la boca.

El Xosé no podía enterarse, eso no, aunque por ese lado no había problema. No sería la primera que hacía lo mismo para sacar adelante a su familia, y entre las mujeres de la aldea esas cosas se callaban. Le diría que alguna le había prestado un poco de comida.

Lo que realmente le preocupaba era que el sayón no siguiera considerándola atractiva. Cuando el desposorio, había tratado de llevársela detrás del pajar para estrenarla, pero ahora su cuerpo ya no era el mismo. ¿Y si se le reía en la cara?

Alzó al crío para calmarlo al menos unos instantes ofreciéndole el pecho y su mirada se detuvo en las hojas de laurel que adornaban la cuna: ramas bendecidas por el cura para proteger a los niños de tardos y tangarraños, un sortilegio poderoso. El día anterior le había pedido al padre Bermudo que también bendijera sus terruños. No solía hacerse hasta pasada la Semana Santa, pero una bendición más no podía sino beneficiarles.

Aunque él se hizo el evasivo, ella insistió y al final había conseguido arrancarle la promesa de que recorrería sus campos rociando agua bendita y recitando latines para que la próxima cosecha fuera abundante. El cura hallaría la forma de cobrarse el favor, aunque ya contaba con eso. Probablemente querría que su marido trabajase las tierras de la iglesia algún día adicional, en compensación. Bueno, pues que lo hiciera.

Deseó con fervor que las oraciones del padre se ganaran el favor del cielo. Al instante se le vino a la cabeza el sayón y la dominó la ansiedad. ¡Ojalá el buen Dios estuviera distraído! Si antes le había leído el pensamiento, mandaría un granizo sobre sus tierras. No, no se podía acercar al oficial hasta que el páter hubiera echado sus conjuros.

Los ladridos frenéticos de unos perros la devolvieron a la realidad. ¿Qué pasaba? ¿Una manada de lobos atacaba la aldea? Cuando el invierno era muy duro, y vaya si este lo estaba siendo, los lobos merodeaban cerca de las casas al acecho del menor descuido: una gallina suelta, una vaca debilitada, un bebé posado sobre un muro mientras la madre arrancaba malas hierbas… Cubrió con la mano la cabecita de su hijo.

—Xosé, espabila.

Le pareció oír un cascabeleo, gritos de niños, voces de adultos. ¿Qué estaba pasando?

—¡Xosé!

Su marido levantó sorprendido la cabeza. Entonces también él lo oyó y se puso en pie, con el azadón en la mano.

—Aguarda, mujer. Voy a ver qué *carallo* pasa. Cierra la puerta y no salgas.

Mientras el carromato avanzaba lentamente entre las casas seguido por perros escuálidos que no cesaban de ladrar, Guímaro estudiaba con atención la expresión de los hombres que abrían la puerta y salían de aquellas covachas. La impresión inicial contaba, a menudo decidía si les recibirían con sonrisas o con palos, y por eso él y Goros, aprovechando que escampaba, se habían abier-

to las capas para dejar que se vieran los verdes y amarillos de sus jubones y calzas. A su lado, con las riendas en una mano, su amigo hacía chocar unas sonajas.

A los hombres siguieron las mujeres, y detrás de ellas chiquillos de caritas tiznadas y ojos maravillados. Al descubrir al enano, algunos se tapaban las narices para evitar que el azufre infernal se les metiera en el cuerpo.

—¿Qué diantres es eso?

—¡Por la Santiña, son cómicos! —exclamó un anciano—. Yo te vi unos cuando era joven, allá en Monforte.

El carromato se detuvo frente al atrio de la iglesia. Guímaro se levantó en el pescante, paseó la mirada por los presentes y después se inclinó.

—¡Bienhallados, honrados cristianos! —clamó con una voz clara y sonora—. Permitid que nos presentemos. Mi compañero, maese Goros —lo señaló—, el más famoso esgrimista y titiritero del reino, y yo, maese Guímaro, cantor de gestas tales que abren las bocas de las gentes. Para serviros.

Esa vez la reverencia fue más profunda y despertó risas nerviosas.

—Del mundo venimos cargados de baladas y romances que solo precisan de vuestros atentos oídos para ser vertidos, relatos que asombrarían al mismísimo rey de Roma —prosiguió. Se percató de que algunos aldeanos cruzaban miradas de incomprensión y decidió emplear un lenguaje más llano—. Con gusto os contaremos sucesos de tierras cercanas y lejanas, y a cambio solo os rogamos la caridad debida a los hermanos de fe, un mendrugo de pan y un techo donde guarecernos…

Nadie se movió. Por fin se oyó una voz.

—Pos que vayan pa la taberna —sugirió una muchacha menuda, con los ojos brillantes por la emoción.

Un coro de voces la secundó.

—Eso, eso…

—Sí, pa la taberna del Pascoal.

Mientras, las cabezas de todos se habían vuelto hasta dar con un hombretón de barba tupida que fruncía el ceño.

—¿Sois vos el tabernero? —preguntó Guímaro—. ¿Tendréis a bien acogernos?

El hombre no le respondió. Había erguido el cuello y parecía buscar a alguien entre el corrillo que se había formado. Guímaro, habituado, comprendió enseguida. En efecto, tras los más adelantados asomaba la única figura que llevaba capote de tela en vez de coroza de paja: el cura.

Las dos miradas se cruzaron, pero el padre no hizo gesto alguno. Se mantuvo imperturbable, la expresión altiva y avinagrada. El tabernero, indeciso, se volvió hacia Guímaro.

—Algún sitio haberá. En el pajar, quizá.

El aire era denso, con olor a tierra, sudor y humedad. La sala de la taberna se hallaba abarrotada y se palpaba la expectación. Goros siempre se encargaba de abrir la función con sus juegos malabares de cuchillos; era un maestro esgrimista, capaz de mantener en el aire cinco o incluso seis puñales mientras soltaba chanzas que despertaban la hilaridad.

Guímaro se fijó en un mocetón que se hallaba en un lateral, apoyado de espaldas en una puerta que debía de dar a una habitación interior: componía gestos de desdén y menoscababa la actuación de Goros con comentarios despectivos.

No fallaba, en todas las funciones había alguien como él. Sonrió para sí, muy lejos de preocuparse: el enano conocía su oficio y nunca descuidaba a los parroquianos.

Esta vez no fue menos. Unos minutos después, Goros se dirigió al joven:

—Sin duda mi destreza es escasa frente a la vuestra. ¿Deseáis probar? ¡Hacedlo, pues! —Y, sin esperar respuesta, fue arrojando los cuchillos con los que hasta entonces había estado cortando el aire.

Guímaro escuchó la oleada de ayes que recorrió la sala. Cuando el desdichado quiso percatarse de lo que sucedía, estaba aprisionado por varios puñales clavados en la puerta. Ni una sola de las hojas le rozó, pero todas se hundieron profundamente en la madera, a escasos dedos de su piel.

Maese Goros se llevó la mano a la boca con fingido espanto.

—¡Pardiez que os habéis quedado tan tieso que no distingo si sois hembra o varón! Con vuestra venia, lo comprobaremos. —Y lanzó el último cuchillo, que fue a hincarse entre las piernas del mozo. Este, con el rostro demudado, no fue capaz de contener la orina, que le corrió piernas abajo.

La carcajada general hizo retemblar la estancia, un rugido de tensiones liberadas, palmas en las piernas, zapateos. Goros saludó, agarró la jarra que le tendía el Pascoal riendo, liberó al infeliz y le ofreció la vasija al tiempo que unas alambicadas disculpas. Este tuvo el seso suficiente para aceptarlas y bebió de un trago.

—¡*Arredemo*, pos si hay más vino clávame otra vez! —dijo, enjugándose los labios con el dorso de la mano.

La carcajada que siguió a sus palabras fue más fuerte que la anterior.

Guímaro aprovechó para hacer sonar su vihuela. Los labriegos aullaron como una manada de verracos excitados.

—¡Un cantar, un cantar!

—¡La leyenda del *Burato do Inferno*!

—¡El cantare de los siete infantes!

Y así, entre chanzas, historias, baladas y romances, fue pasando la velada. Era ya noche cerrada, pero nadie quería retirarse. La aldea entera se apretujaba entre aquellas cuatro paredes e incluso fuera, pues los que no habían conseguido entrar atisbaban a través de los postigos abiertos, por una vez en sus vidas ajenos al frío, a la miseria, al hambre negra del invierno.

Mientras Guímaro daba fin a su último cantar, hizo una seña al enano, que salió de la taberna y regresó al poco cargado con un teatrillo. Las miradas chispearon con renovada expectación. Guímaro observó aquellos rostros que brillaban a la luz de las teas y asintió para sí.

Era el momento.

María había conseguido hacerse un hueco en la ventana, en el exterior. Había aguardado mucho rato a que volviera el Xosé, y

al final no consiguió resistir la curiosidad. Tras asegurarse de que su bebé dormía, atrancó la puerta de la casa y se encaminó donde el Pascoal, ya que allí parecían haberse congregado todos.

Había llegado a tiempo para escuchar las últimas baladas del juglar, que le llenaron el pecho de burbujas. Qué voz tan hermosa… Aunque al principio se había sentido un tanto decepcionada al comprobar que ninguna de las canciones hablaba de gestas y romances de caballeros, después le dio igual.

Porque ningún cantar podía compararse con lo que vino a continuación. Aquel enano había pedido que se apagaran las antorchas y la noche se coló en el interior de la estancia. Era una sensación muy extraña. En la más completa oscuridad, María creyó hallarse enteramente sola pese a los cuerpos que la rodeaban.

Una candela iluminó un teatrillo y entre las telas cobró vida un muñeco. Luego apareció otro, y otro más. María compartió el pasmo que sacudió a los allí reunidos. ¿Cómo podía ser?… ¡Eran de trapo y madera, con unas caritas perfectamente talladas y dibujadas, pero se movían igual que si de pequeños hombres y mujeres se tratara!

Una dulce melodía de flauta aleteó y de súbito ya no eran marionetas, sino seres de carne y hueso que vivían en algún lugar misterioso. A María se le pasó por la cabeza una idea que le provocó un escalofrío: aquellos seres tan diminutos eran como los mismos hombres vistos por el Dios de los cielos. Le parecía como si ella misma fuera un dios lejano y curioso que observara a sus criaturas.

Sin saber por qué, se le vino el Xosé a la cabeza. Temerosa de que se percatara de su presencia, echó un vistazo rápido a los cuerpos que se apretaban en las sombras del interior y no consiguió localizarlo. Pero casi de inmediato los títeres perdieron nuevamente su sustancia de madera y se convirtieron en hombres y mujeres tan reales como sus vecinos, y María se olvidó de su marido. La historia la atrapó, le volteó el alma, le encendió la mirada. Hablaba de los campesinos de una pequeña aldea perdida entre las montañas, un pueblo que bien podría ser el suyo. Habla-

ba de las faenas y los sudores, sí, pero también de las alegrías y los goces de aquellos fascinantes labriegos. Había un muchacho y había también una muchacha, y los dos se querían con un amor como el de los romances. Las velas se apagaban y se encendían, ora aquí, ora allá, después varias a la vez, y la música fluía como un río manso o rompía como una tormenta dominada por el susurro del viento y el golpeteo de la lluvia.

El sonido metálico de una corneta estalló en sus oídos. Unos hombres a caballo aparecieron y un espasmo sacudió la taberna. Vestían diminutas corazas y portaban hierros desenvainados. Sus rostros parecían desencajados, oscuros y malvados como las imágenes de los diablos en la iglesia. Una flecha con fuego prendió en el techo de paja de una casa.

María, la mano en la boca, apenas podía contener su consternación. Todo aquello era tan real, tan cercano… El verano anterior, una aldea próxima había sido arrasada por unos caballeros a causa de una disputa entre nobles. Había imaginado el dolor y el sufrimiento cuando se lo contaron, pero ahora lo tenía allí, ante sus mismos ojos. ¿Es que el Dios de los cielos no iba a detener la matanza? ¿Acaso no veía lo mismo que ella? Los asaltantes rodearon la aldea, mataron a los hombres, violaron a las mujeres. La muchacha enamorada murió ante los ojos espantados de su amor. Los hombres de armas se reían con carcajadas estruendosas y Dios permanecía callado. En un santiamén, el pueblo entero ardió. Solo unos pocos, entre ellos el muchacho, consiguieron refugiarse en el bosque.

Goros sudaba tras el teatrillo. La puesta en escena exigía una concentración extrema, pues les obligaba a manejar gran número de marionetas y, al tiempo, estar pendientes de las candelas, de los pequeños fuegos que prendían en los minúsculos tejados de paja de las chozas y de alternar instrumentos. Aun así, le encantaba. Aquella era su obra maestra. Él mismo había labrado, pintado y vestido cada uno de los muñecos, y también había ayudado a Guímaro a perfilar la historia y los personajes.

Al resplandor fluctuante de las velas, reparó en las expresiones de los lugareños. El vino y el aguardiente que antes los habían excitado actuaban ahora como un bálsamo que centraba su atención. Buscó entre las cabezas hasta dar con la del cura. Con el ceño fruncido, por supuesto.

Goros sonrió para sí. «Pues todavía no has visto lo mejor…»

La historia continuaba y María se sentía arrastrada por ella. A partir de ese instante todo fue… extraño. Hubo duelo, sí, y hubo desesperación, pero también sucedió algo tan insólito que le hizo contener el aliento. Con el alma en vilo vio que aquellos campesinos que eran tan parecidos a ellos mismos, los supervivientes de la matanza, no se resignaron a su suerte, sino que comenzaron a hacer cosas desconcertantes. Avisaron a gentes de otros pueblos, se juntaron y hablaron con palabras nuevas, como justicia y opresión, que levantaban astillas de ansiedad en los pechos. El muchacho enamorado se dirigió a las gentes y dijo cosas que a María le parecieron muy verdaderas. Brotaron hoces y cuchillos de las manos. Gritaron consignas.

Escuchó el rumor de los asombros en el interior de la taberna y a su alrededor. En el teatrillo pasaba algo inimaginable: los labriegos en armas se enfrentaban a los nobles. María meneó la cabeza, aturdida por la fuerza de aquellas escenas que le acariciaban el estómago cual miel temprana y, al tiempo, turbada más allá de lo que querría reconocer. Sintió una opresión en el corazón, un miedo antiguo en la piel. Y, sin embargo, era tan hermoso, tan… esperanzador. Jamás habría imaginado un atrevimiento así. ¡Una vida libre de señores y sus oficiales, sin tributos que les robaran el pan de sus hijos, sin miedo! Se acordó del sayón y de sus planes de seducirlo y sintió vergüenza de sí misma. Aquel hombre era un escudero. Un noble, tan despreciable como todos los demás. Y ella había pensado…

Un golpe en el brazo la sacó de sus reflexiones. En la penumbra distinguió a su derecha, apoyado también en el marco de la ventana, a un muchacho de la aldea. Era apenas menor que ella,

pero siempre lo había considerado un crío. Además era el hijo de un siervo que tenía fama de furtivo; y ella, una mujer libre.

Se miraron y María se fijó en que tenía las pupilas encendidas. Su expresión irradiaba luz, como si una antorcha le ardiera por dentro. En circunstancias normales ni siquiera le habría prestado atención, pues no era propio de su condición libre tratarse con siervos.

Pero esa noche nada era normal. Las palabras y las imágenes de la historia aquella rebotaban como guijarros en su cerebro. Le sonrió y él le devolvió una sonrisa entre tímida y radiante. De repente su impulso inicial de cercanía, de mera camaradería, se trocó en algo distinto, y por un instante se imaginó que ambos eran los protagonistas de la historia que acababan de escuchar.

Notó un cosquilleo en el estómago y se percató con sorpresa de que no lo sentía desde que el Xosé y ella anduvieran de enamorados.

Se le enrojecieron las mejillas y volvió a mirar al frente. ¿Cuándo se había vuelto tan atractivo aquel muchacho?

Guímaro escrutaba los rostros de los labriegos desde la oscuridad del teatrillo. Eran como niños. Almas sencillas, atrapadas por la dureza de sus vidas.

Por eso les hablaban con cuentos. Porque los cuentos eran el aliento de los sueños. Vivían en la memoria y respiraban en la memoria, se alimentaban de esperanzas y con ellas crecían en el silencio de la noche, cuando en el exterior arreciaba la tormenta. Los cuentos eran la chispa que prende los anhelos. Cabalgaban las nubes, llevados por el viento, en busca de una tierra donde germinar.

Los niños debían crecer y convertirse en hombres, y los cuentos les enseñaban el camino. Doquiera que fuesen, el hambre, las malas cosechas, el aumento de tributos y los desmanes de los poderosos abundaban más que las pulgas en un perro flaco. Los nobles campaban a sus anchas por el reino como halcones enloquecidos. Lemos, Sarmientos, Pimenteles, Soutomaiores, Ulloas, Andrades y Mariñas luchaban a cara de perro, prisioneros de codicias y am-

biciones desmedidas. Tres años antes, el papa Calixto había expedido una bula que se había leído en iglesias y conventos por la que excomulgaba a los que en Galicia asesinaban seglares y clérigos para apoderarse de sus bienes, a los que robaban ganado o cometían maldades que por ausencia del monarca, que vivía en la lejana Castilla y jamás pisaba tierras gallegas, quedaban impunes. Mal estaban las cosas cuando el mismísimo pontífice de Roma, todo un experto en abusos y tropelías, se veía obligado a expulsar de la Iglesia a aquellos malhechores.

No, Guímaro no culpaba a los labriegos, pobres diablos, por comportarse como chiquillos. Bastante tenían con sobrevivir atados a sus señores como bestias de carga, solo aptos para guiar el arado o parir nuevos siervos. Si de algo los culpaba era de pasividad. No lograba aceptar su apatía, la resignación de tantos a sus tristes destinos.

Por eso Goros y él se habían embarcado en aquel loco proyecto. Si conseguían que algunas pupilas brillaran, algunos pensamientos nacieran, algunos corazones latieran con un pulso nuevo, se daría por satisfecho. El mundo necesitaba más esperanzas. El mundo necesitaba más cuentos.

Un murmullo de voces desasosegadas le sacó de sus divagaciones. La batalla entre los nobles y los villanos había acabado con la victoria de los segundos. Imaginó que ese final tan poco frecuente era lo que provocaba la sorpresa y la inquietud, pero no tardó en darse cuenta de que se trataba de otra cosa.

El cura se encaminaba hacia la puerta apartando a los vecinos con malos modos. Guímaro maldijo para sus adentros.

—¡Maese! —le susurró Goros, que aguardaba a que el muchacho campesino se dirigiera a los vencedores.

La función debía continuar.

En la ventana, María se agitó intranquila. Percibía la tensión dentro de la taberna, las miradas que se cruzaban, los miedos que afloraban. El páter se había marchado y todo el mundo sabía lo que eso significaba. El sacerdote nunca se oponía frontalmente a

nadie, pero siempre se encargaba de dejarles bien clara su opinión y tomaba buena nota de los que hacían caso omiso de sus insinuaciones.

Recordó que al día siguiente bendeciría sus fincas. Fue como si despertara de golpe. Pensó en regresar a casa antes de que más gente la viera, antes de que el propio Xosé se diera cuenta de que le había desobedecido.

Pero algo en su interior se resistía. Casi la aldea entera estaba presente. ¿Qué podría hacer el padre Bermudo contra todos? Las imágenes de la rebelión que acababa de contemplar revoloteaban en los límites de su imaginación.

Si permanecían unidos, el cura no podría…

Una sombra atravesó la estancia. Un vecino se abrió paso hacia la salida. Los susurros se incrementaron. En el teatrillo, el muchacho se dirigía a los labriegos vencedores, pero muchos en la taberna ya no le escuchaban.

Otro vecino siguió al primero. Y luego otro más. María sintió un puño en la boca del estómago. La frustración le oprimía el pecho. ¿Es que no habían visto nada? ¿No se daban cuenta de que si permanecían juntos…?

¿Qué? Si permanecían juntos, ¿qué? ¿Iban ellos a enfrentarse a los hombres del señor? Solo eran campesinos.

La huida estaba generalizándose. La sola idea de que el señor se enterara de lo que allí habían presenciado les causaba pavor.

Ya nadie atendía a la función. María rebulló en la ventana y su mirada topó con el hijo del furtivo. Debía de ser el único que seguía absorto en el teatrillo. Tenía una expresión tan… ¡tan llena de vida! Le pareció tan hermoso, con aquellos ojos resplandecientes y una sonrisa soñadora…

¡Era solo un siervo, por la Santiña! Ni siquiera habría debido consentir en que se quedase a su lado. ¿Qué dirían las gentes si la veían?

Resolvió regresar a casa. Al día siguiente el páter bendeciría sus *leiras*. Y después se pasaría por la casa del sayón.

Haría lo que fuera para que no se le muriera su niño.

PRIMERA PARTE

La ciudad que llaman santa

De marzo a abril de 1458

1

Un siervo con un demonio dentro

Dos semanas atrás, cuando la divisó por primera vez tras un recodo del camino, se había quedado con la boca abierta. Nada en su corta vida le había preparado para una visión como aquella.

—*Arredemo* —musitó el muchacho, sin saber qué otra cosa decir.

En la distancia, recortada contra el sol poniente, Santiago de Compostela era un animal agazapado entre montañas, una portentosa criatura de piedra, humo y tornasol. Llevaba largas jornadas de viaje y por un momento se le ocurrió que, sin darse cuenta, había equivocado la senda y hallado la puerta hacia el Mundo Subterráneo, el mágico país donde moraban los gigantes. Por si acaso, trazó una cruz sobre el pecho y besó el saquito con hierbas que le colgaba del cuello, un remedio muy eficaz contra el mal de ojo.

—*Pasa, cousa mala, pasa, san Xoán bendito protexe a miña gorxa* —murmuró, sin perder de vista el prodigio de piedra para comprobar si retrocedía ante el poder del conjuro.

Pero Compostela no se desvaneció en el aire. Permaneció indiferente a los sortilegios, un bosque de campanarios, torres y tejados rodeado por una muralla recubierta de hiedra y musgo. Sobre ella destacaba la mole inverosímil de la catedral: una verdadera montaña de granito, una obra tan sólida y poderosa que solo gigantes podían haberla construido.

La ciudad era tan portentosa de lejos como fétida y caótica de

cerca. Muy pronto se había dado cuenta de que Santiago era una cloaca, una madriguera de callejas de barro, paja podrida, estiércol y miseria.

—¿Qué miras, *paspán*? ¡Mueve el culo y quítate del medio, papanatas!

Rebosaba de gentes que hablaban en lenguas extrañas, de menestrales, rameras, tabernas y mancebías, de tonsuras, mendigos y piaras de cerdos. Azorado, se sumergió en el caos de aquella ciudad que llamaban santa. Ni en sus más oscuras pesadillas hubiera imaginado que existía un lugar así. Cada vez que escuchaba el reclamo de un vendedor, el «agua va» de una vecina, los lamentos de los pordioseros o las voces destempladas de los criados de algún burgués exigiendo paso, el corazón le daba un vuelco con sobresalto. Estaba hecho al silencio del campo y la soledad de los bosques. Estaba hecho a los horizontes despejados y a la tierra negra en los pies, al cielo abierto, al manto de estrellas sobre la cabeza y al fulgor de ánimas de las luciérnagas. En Compostela solo había humo, lodo, muros de piedra y el bullicio de la muchedumbre.

Se le vino a la cabeza una ocasión en que un predicador errante se había detenido en su aldea. Vestía pieles de cabra, llevaba una estaca por bastón y la mugre por compañera. Les habló largo rato de las maravillas de la ciudad del apóstol, de la que decía que no había otra igual en toda la tierra.

Aquella noche, mientras ardía la chasca en el hogar, su padre comentó que le gustaría verla alguna vez.

«¿Tan hermosa te será, padre?»

El hombre guardó silencio tanto tiempo que pensó que no le había oído, pero al cabo su voz se alzó sobre el crepitar del fuego:

«Yo no te sé, *fillo*. Pero tengo para mí que cosa de magia haberá, que te vienen de todas las tierras a verla y todos vanse como iluminados. Digo yo que el Señor la puso ahí pa que nos afagamos a lo que será el Paraíso, pos si todo fuera como esta aldea mala cosa…»

Desde aquel día, había querido contemplar con sus propios ojos aquella ciudad de santos y milagros sobre la que el Dios de los cielos posaba su dedo. Muchas veces fantaseaba con cómo

sería el lugar que el mismo apóstol había elegido como morada para sus restos terrenales. Lo imaginaba hermoso como un amanecer de verano, repleto de gentes satisfechas y bien alimentadas, un paraíso donde nadie pasaría hambre ni frío y en el que no habría señores ni fortalezas de bandoleros. En Santiago, pensaba, uno debía de estar tan cerca de Dios que sentiría su mirada protectora.

No podía haberse equivocado más.

Y, sin embargo…

Pese al asombro y el azoramiento que la multitud le producía, pese a la miseria y la inmundicia, o quizá por todo ello, de alguna forma se daba cuenta de que había llegado al final de su viaje. La ciudad santa de Compostela, la más piadosa y la más pecadora de cuantas existían, era el mejor destino para alguien que llevaba un demonio dentro.

Además, ¿para qué darle vueltas? Estaba allí y allí iba a quedarse. No tenía otro sitio adonde ir.

Era bien pasado el mediodía. Un retortijón de las tripas le recordó su objetivo. Se había medio escondido en un pasadizo angosto entre dos casas para vigilar sin llamar la atención la entrada de un mesón cercano. En el tiempo que llevaba en Santiago ya había tenido ocasión de comprender que lo más conveniente era pasar desapercibido. «Igual que en el bosque», se dijo. También en el bosque convenía fundirse con los árboles, las rocas y la tierra para que ni los depredadores ni las presas se percataran de su presencia.

Una brisa traicionera llevó hasta sus narices el aroma de guisos que salía del establecimiento y comenzó a salivar. No recordaba haber sentido nunca tanta hambre. Y no sería porque el hambre y él no fueran viejos conocidos, que apenas podía recordar un invierno en el que no se hubiera sentido famélico. Pero al menos en su casa siempre hervía un caldo de berzas en el puchero para engañar al estómago. Deseó intensamente un caldo no ya de berzas, sino de simples rastrojos.

La calle se hallaba desierta. Un pordiosero apareció por el extremo más alejado. Avanzó renqueando con el cuerpo encogido.

—*Merda* —masculló el muchacho.

¿Qué se le había perdido por allí? Debía de tratarse de uno de los mendigos oficiales, pues en caso contrario no se arriesgaría a limosnear tan cerca de la praza do Campo, donde podían verle los alguaciles del concejo.

Eso era algo que se aprendía pronto en Compostela. Cualquiera que llegase tenía derecho a tres días de cama y comida en uno de los hospitales de pobres y peregrinos, como el que el arzobispo mantenía al final de la rúa da Moeda Vella o el de los monjes de Celanova en la rúa de Ciquelo. Él mismo había disfrutado de su hospitalidad y se había llenado el bandullo con el potaje de habas y tocino que repartían los frailes. Había dormido sobre un montón de paja entre gentes a las que no entendía y se había sentido muy incómodo por la promiscuidad y los fuertes olores de los cuerpos.

Lo que daría en ese momento por volver allí…

Pasado el plazo de tres días, tan piadosa hospitalidad se acababa. Los que unas horas antes eran peregrinos se convertían en mendigos a los ojos de las autoridades y debían abandonar la ciudad, so pena de ser puestos unas horas en el cepo. Eso, la primera vez que te cogían; la segunda, te daban unos azotes o te cortaban una oreja, según el humor del mayordomo arzobispal; la tercera, te marcaban a fuego con las armas de Castilla.

El mendigo alcanzó la puerta del mesón, asomó la cara al interior y después, como si lo observado le satisficiera, se dejó caer a un lado de la entrada dispuesto a pedir limosna cuando saliera alguien.

El muchacho se estremeció de frustración. No quería testigos. Por un momento sopesó si marcharse o no, pero algo se retorció dentro de él.

Se quedaría. No iba a espantarle un mendigo, por muy oficial que fuera.

Estaba harto. Harto de ser burlado, harto de que el estómago le doliera. Había rastreado su presa, la había seguido desde su guarida hasta aquel mesón y solo le quedaba cazarla. Podía vestir cueros mal curtidos y calzar alpargatas de piel de cabra, pero sabía bien lo que se hacía. Su padre siempre le decía que era tan te-

merario como un lobezno que no ha sufrido el invierno y se cree el amo del bosque. «No hay quien te ponga ronzal…»

Pensar en su padre le trajo a la cabeza también a su madre y a su hermana. Le dolió como si le clavaran un puñal en el pecho. Apretó los dientes para contener las lágrimas.

—Maldita sea —masculló. La rabia le daba fuerzas.

«Tú eres Estevo —se dijo—. Estevo, hijo de Estevo, nieto de Estevo. Ese eres tú.»

Era lo único a lo que podía agarrarse. Estevo de Trobos, ese era su nombre porque así se llamaba el pedazo de mundo en el que se levantaba el chamizo donde había nacido, al lado de un río, a un tiro de piedra de la aldea de Moreda, en el señorío de Lemos.

En algún lugar del infierno.

Rebulló en el pasadizo. «Ya no volverá a haber un Estevo en Trobos. Por mi culpa.» Era siervo. Un siervo fugitivo.

No podía regresar a su aldea. Debía quedarse en Santiago al menos un año, pues ese era el plazo estipulado para que un siervo se convirtiera en hombre libre.

El problema era que en el bosque siempre podía trampear. Su padre reconocía de un simple vistazo el mejor lugar para montar un cepo de arco, una trampa de maza o una *caoniña*. Era experto en armar todo tipo de celadas y elegir el mejor cebo para cada una. Estevo le acompañaba desde crío y había aprendido el oficio.

«Demonio de recuerdos…» Por mucho que lo añorara, todo aquello era agua pasada. Siempre se había sabido distinto. Era demasiado osado, demasiado curioso. Le costaba someterse a las normas, como si necesitara comprobar por sí mismo las hechuras del mundo. Su padre se pasaba la vida tratando de domarle, pero no era hombre de maneras recias y más intentaba convencer con palabras que forzar su naturaleza.

Estevo rara vez le prestaba oídos. No soportaba su resignación ni su mansedumbre. Le exasperaba que cuando el señor paraba en su casa, el padre humillara la cabeza y ordenara a la madre que sacara las nabizas y las castañas que guardaban para el invierno y que eran su única reserva. Le soliviantaba su sumisión

cuando el merino reclamaba servicios y tributos que no eran de ley, o que no osara abrir la boca cuando el sayón les trataba como si en vez de hijos de Dios fueran animales. No eran más que siervos, pero llevaban en aquella tierra más de lo que nadie podía recordar.

«¿Qué quieres que haga, rapaz? —Su padre meneaba la cabeza, incapaz de comprender su indignación—. *Ou parir ou rebentar, no hai otro camiño por onde botar.*»

Cuando oía aquello, su sangre hervía como si una bicha maligna le quemara las carnes, y para no enfrentarse salía corriendo del chozo y se internaba en el bosque.

Él, que siempre se esforzaba por entenderlo todo, había tardado un mundo en comprender lo que su padre quería decir. Y cuando lo hizo, ya era demasiado tarde.

Ya se le había metido el diablo dentro.

Unas voces le sacaron de sus recuerdos. El dueño del mesón estaba despidiendo en la entrada al mercader al que seguía, que había terminado de comer. Era un hombre grueso, vestía paños de calidad y se cubría la calva con un sombrero emplumado, como si quisiera aparentar una juventud que ya no tenía. Empezó a caminar, de vuelta a su posada, con el paso cansino y tambaleante de quien ha dado buena cuenta de viandas y licores, tarareando para sí una melodía y completamente ajeno a la presencia de Estevo en su escondrijo.

Sintió la urgencia de la acción. Unos meses antes ni habría sospechado que terminaría robando para sobrevivir; entonces todavía creía a pie juntillas que eso era pecado.

Pero ya no. Llevaba días sin comer.

Su presa pasó frente a él y siguió adelante. Estevo sabía que la calle desembocaba en otra de mayor tamaño que estaría más transitada. Si el hombre llegaba a ella, perdería su oportunidad. Sintió la tensión en cada músculo. Respiró hondo, se persignó brevemente y echó a correr.

Un golpetazo, un trastabilleo, y los dos rodaron por el suelo.

—¡Por mil diablos! ¿Qué…?

—Disculpe que no le viera a vuestra mercé, en esa época…

Vio con claridad que la mueca de miedo del mercader se evaporaba al descubrir que solo se trataba de un muchacho.

—¿Qué mala pulga te ha picado, granuja?

Todavía estaba intentando levantarse cuando Estevo torcía una esquina, alejándose precipitadamente.

El corazón le resonaba en el pecho. Lo había hecho. ¡Lo había conseguido, Virgen santísima! Todo había salido como imaginara, el pobre desgraciado ni se había dado cuenta de que le aliviaban del peso de la talega. ¡Qué fácil había resultado! Dejó que la euforia le corriera por las venas y calmara el ansia del estómago. Pronto podría comer.

Se metió en un callejón, se detuvo y echó un vistazo en derredor. Era un pasaje estrecho, con el suelo de tierra salpicado de basuras. Estaba vacío. Los dedos le temblaban de impaciencia al abrir la bolsa. Introdujo la mano y extrajo el puñado de monedas.

Se quedó estupefacto. Entre los maravedíes, ardites y cornados, que por sí solos ya le llenarían el estómago una buena temporada, refulgía una moneda de oro nuevecita. La observó con atención, embobado. Por una cara mostraba a un rey sentado en su trono con espada en la mano y un león a sus pies, y por el otro, dos diminutos castillos y dos leones, cada uno en su cuartel. Ni siquiera conocía el nombre de la moneda, cuánto menos su valor.

Una sonrisa incontenible le ensanchó la boca. Lo que sí sabía era que nunca había poseído tanto dinero. «Gracias, san Huberto, compañero.» No es que confiara en los santos, pero san Huberto era el patrono de los cazadores. Y él era un cazador.

Un cazador magnífico.

Había intentado ganarse el pan. Se había ofrecido como peón. Se había ofrecido como mozo de cuadra. Como mulero, como aguador, como chico de posada. Había bajado hasta el río para probar suerte en las curtidurías, en las canteras, en los hornos de tejas y en los *fumeiros* donde se ahumaba el pescado. En todas partes había recibido la misma respuesta.

«Corren malos tiempos, muchacho…»

Sí, corrían malos tiempos. El hambre, las malas cosechas, el aumento de tributos y los desmanes de los poderosos abundaban más que las hormigas sobre el cadáver de un gorrión.

«Ya no llegan peregrinos, ¿de qué te vamos a vivir?»

Había cientos como él, siervos huidos en busca de un mendrugo de pan.

Un día, cuando ya no resistía el hambre, se olvidó de la vergüenza, se fue a la salida del mercado de San Fiz y extendió la mano.

«Una limosna, por *caridade*…»

Fue como si se hubiera vuelto invisible. Unos y otros, dueñas, aprendices o criados, apartaban la mirada y fingían no verlo. Invisible para todos menos para los verdaderos mendigos, los que tenían cédula del concejo.

«¿Qué haces aquí, polluelo? ¿Te perdistes?»

Le habían rodeado varios tullidos, un hatajo de cuerpos marcados, harapos y violencias. El que se dirigió a él tenía la jeta repleta de granos purulentos y un ojo lechoso.

«Tengo hambre.»

«Nos vas a hacer llorar. —Estevo no podía apartar la mirada del cuchillo en la mano del tuerto, que casi se relamía los labios del gusto que le daba aquella inesperada distracción—. Mira, guapo, como es la primera vez que te estás por aquí, te lo vamos a explicar clarito pa que no se te ofusque el magín. En esta ciudad solo sientan plaza los mendigos con póliza. Y tú no te tienes póliza, ¿es o no es, capón?»

Mientras recordaba aquello, Estevo se había apoyado contra la pared y se había dejado caer hasta el suelo. Lanzó un suspiro de puro regocijo. Ya no tendría que mendigar más. Iba a comer hasta hartarse, rediós. Se sentía ligeramente mareado, como si se hubiera metido en el cuerpo un buen trago de orujo. Solo de pensar en el banquete con que se iba a regalar se le hacía la boca agua.

Debía ser cauteloso. Un mesón estaba descartado, en ellos los clientes eran todos mercaderes o gentes holgadas y llamaría demasiado la atención. Un bodegón de las afueras sería lo mejor. Antes de alcanzar la muralla, el camino francés albergaba una

buena cantidad de hostales, figones y mancebías más o menos encubiertas. Allí no destacarían sus ropas andrajosas. Con un poco de suerte, incluso encontraría un poco de paja caliente para dormir.

¡Ah, si ahora le viera…! Una nube repentina enturbió su mirada. Un recuerdo incómodo. Un deseo que ya nunca vería cumplido.

El dolor de una ausencia.

Todo había comenzado la noche en que los titiriteros llegaron a Moreda. Apoyado en el marco de la ventana de la taberna, Estevo vio desfilar ante sus ojos la magia de unas vidas diminutas, tan extraordinarias como las historias del viejo Bartolomeu sobre el Mundo Subterráneo. Cuando los vecinos comenzaron a marcharse había tenido que morderse la lengua para no gritar de frustración.

María había estado a su lado durante toda la función, y hacia la mitad había cruzado con él una mirada emocionada. El corazón le había latido con fuerza, aunque comprendió que simplemente estaba cautivada por el espectáculo de los titiriteros. La idea de que compartieran al menos eso le cosquilleó en las sienes. Luego algo en sus ojos cambió, incluso le pareció que enrojecía y dirigió la vista de nuevo al teatrillo.

Cuando casi estaba a punto de terminar, la descubrió estudiándole con honda intensidad. Pero no dijo nada, y poco después se dio media vuelta y se marchó en dirección a su casa.

La siguió. Si alguien le hubiera preguntado qué pretendía, no habría sabido responder. Solo dejó que sus pies fueran tras la muchacha; no, no la muchacha: la mujer, pues estaba desposada y había dado a luz a dos criaturas.

Siempre había estado enamoriscado de María, aunque esta nunca le hubiera hecho el menor caso. Hasta esa noche. Esa noche, apoyado en la ventana de la taberna y con aquel mundo asombroso del teatrillo desplegándose ante ellos, había visto el brillo de sus pupilas y se habían sonreído. Por un instante, sintió un destello de… no sabía de qué.

O sí. Sí, lo sabía. Había captado el anhelo, el deseo contenido.

Cuando ella se disponía a abrir la puerta de su chozo, la llamó con voz queda:

«María…».

Ella dio un respingo. La vio mirar en derredor; aunque habían despejado las nubes, la luz de las estrellas era muy tenue y el mundo estaba en sombras.

«Soy yo, Estevo.»

«¿Qué quieres? ¿Qué haces aquí?» Estevo notó el temor repentino.

Pensó en marcharse. ¿Qué hacía allí? Pero no, no se había equivocado. Había notado esa llama avivándose. Se acercó hasta detenerse a un paso y el aroma de su cuerpo le enardeció. No pretendía nada. No buscaba nada, solo prolongar un poco más aquella sensación. La deliciosa intimidad que habían compartido en la ventana.

Era tan hermosa…

María respiraba de forma audible, nerviosa. Pero no se metió en la casa. Su mano, que se disponía a abrir la puerta, descendió hasta su costado y se quedó allí, inmóvil.

Estevo también respiró agitadamente. Percibía su calor, que tiraba de él con fuerza, que le impedía alejarse. Escuchó un ladrido y el rumor de voces distantes. No conseguía pensar con claridad. Alargó la mano y buscó a tientas la de María. Cuando la encontró, le recorrió un estremecimiento.

Los cuerpos se buscaron en la negrura. Las bocas se encontraron con avidez. Estevo atrajo el talle de la joven hacia sí y tembló cuando sintió la piel bajo la tela de la cintura, la firme redondez de las caderas y las nalgas. Le sacudió la fuerza del deseo.

«Espera.»

El pecho de María subía y bajaba con fuerza. Estevo no podía verle el rostro, pero notaba el movimiento de sus pechos contra la tela de la camisa.

«Aquí no. El Xosé.»

Se introdujeron en el cobertizo de los aperos y se dejaron caer sobre la tierra fría.

Estevo jamás había sospechado que el mundo pudiera ser tan turbador.

«María. —En la oscuridad no podía distinguirla, pero notaba la piel desnuda contra su pecho. Hacía un buen rato que yacían inmóviles, absortos—. María, tú…» Calló. Quería decirle que era la mujer más hermosa que nunca conociera. Quería hablarle de lo que había sentido en el teatrillo, al ver a los titiriteros manejar aquellos seres diminutos y fascinantes. Quería decirle que se había sentido deslumbrado, como si alguien hubiera prendido una luz en medio de la oscuridad. Quería decirle tantas cosas y tenía tan pocas palabras…

«Tienes que irte. El Xosé volverá en cualquier momento», susurró ella.

Estevo percibió la dureza del tono y notó que se le encogía el corazón.

«Yo…»

«Vete. Cuida que no te vean.»

No supo qué decir. Creyó que le arrancaban la piel. Lentamente, con sentimientos contradictorios, se levantó.

Se vistió en silencio en la oscuridad. María permanecía inmóvil, abandonada.

Se oyó el llanto de un bebé.

Esa vez fue un silbido lo que le arrancó de sus recuerdos. Alzó la vista, todavía dominado por la nostalgia. A cuatro o cinco pasos, bloqueando uno de los extremos del callejón, dos hombres no le quitaban ojo. Su actitud dejaba escasas dudas sobre sus intenciones.

Se puso en pie de un salto al tiempo que guardaba precipitadamente las monedas en la talega y la escondía debajo de la camisa.

—Vaya, vaya —masculló uno de ellos con una mueca torcida.

Se volvió hacia el otro lado del callejón y descubrió con inquietud que también allí había otros dos. Le habían cortado el paso. Maldijo en silencio su estupidez. Él solo se había metido en la ratonera.

Uno de los recién llegados se aproximó. Era alto, la barba re-

cortada, el pelo rubio y una mirada asombrosamente clara. A su lado, Estevo reconoció al mendigo del mesón. En el lugar en el que debía estar la nariz se abría un agujero, señal de que había pasado por las manos del verdugo.

Le habían seguido. ¿Cómo podía haber sido tan ingenuo?

Pensó en sacar la honda, pero estaban demasiado cerca y no llevaba encima ninguna piedra. Su mano aferró el cuchillo que guardaba en las calzas y lo adelantó, amenazador. Era una simple hoja con mango de trapos, pero era todo lo que tenía. Eso y el hambre.

—Dejadme en paz —gritó.

El rubio soltó una carcajada.

—¿Es él, Desfeito? —Cuando el mendigo asintió, se volvió hacia él—. Eso deberías haberlo pensado antes. —Hizo una seña con la cabeza a los hombres del otro lado y Estevo vio con el rabillo del ojo que comenzaban a acercarse—. Antes de meter la mano en nuestros bolsillos.

—No sé de qué hablas —respondió, tratando de pensar en una forma de escapar.

—Ya. Y ahora me dirás que esa talega que acabas de esconder es toda la herencia que tus pobres padres te dejaron antes de ir a pudrirse en el infierno.

—Al menos yo sé quiénes son mis padres. —Quería ganar tiempo. El rubio sonreía, confiado, peligroso. Estevo apretó los dientes. Le palpitaban las sienes.

—En eso tienes razón —replicó el otro con una sonrisa de hielo en sus ojos—. Ni conocí a mis padres ni me importaron nunca una mierda. Si los encuentras en el infierno, escúpeles de mi parte. O mejor no, que igual eso los refresca.

—Ten cuidado, no vayas a encontrártelos tú.

El rubio chasqueó la lengua, en absoluto intimidado. En sus ojos brillaba la diversión. Se lo estaba pasando bien.

—Ese pajarillo que cazaste no era tuyo. No es tuyo ninguno en esta ciudad, a ver si nos entendemos, pero ese mercader en concreto tenía nuestra marca en la frente —meneó la cabeza como un cura amonestador—, y no me gusta nada que me hurten una presa.

—Sonrió, mostrando una ristra de dientes asombrosamente blancos—. No señor, no me gusta nada. Pero tienes suerte, no vayas a pensar. ¿Sabes cómo me llaman? El Arcanxo, así me llaman. ¿Te das cuenta? El Arcanxo. Como un ángel, ¿verdad, muchachos? —Los demás rieron, lisonjeros—. Puedo ser muy comprensivo, cuando quiero. Anda, trae la talega esa y me pensaré si te dejo con vida. Oh, bueno, te daremos unos cuantos golpes, claro, pero solo para que aprendas la lección. Eso si no me enfadas.

Estevo se percató de que los otros dos hombres se le acercaban por detrás y supo que debía actuar inmediatamente. Ni se le pasó por la cabeza entregar la talega.

—Hablas demasiado —dijo.

Se lanzó hacia delante con el cuchillo en la mano, tan bruscamente que el rubio casi no tuvo tiempo de reaccionar. Era su única opción: apresar al jefe y obligarles a dejarle una vía de escape. Pero el otro era más ágil de lo que había supuesto: le esquivó y reculó lo justo para librarse de su presa, aunque no consiguió evitar que el filo del hierro le abriera un corte profundo en la mejilla.

—¡Hideputa!

Los otros tres se le echaron encima y comenzaron a darle golpes y patadas. Antes de que pudiera reaccionar, lo habían inmovilizado.

El rubio se llevó una mano a la herida y contempló la sangre con absoluta incredulidad. La expresión de sus ojos, tan claros que parecían transparentes, se tornó oscura.

—Me hirió —masculló en voz baja, sin acabar de creerse lo que le había sucedido—. Este malnacido me hirió… —Alzó la voz—. ¡A mí! ¡Me hirió, así lo lleve el demonio!

Se le acercó. Dos hombres le retorcían los brazos contra la espalda. Estevo contuvo el aliento. No iba a implorar piedad.

El Arcanxo le asestó un puñetazo en el rostro. El impacto lo impulsó hacia atrás e hizo brotar un chorro de sangre de su nariz. Lo siguiente fue un diluvio de golpes. Estevo sintió estallidos de dolor en la cara, en las costillas, en el vientre.

Gritó.

Después ya no supo dónde le dolía. Cuando la tormenta remitió, apenas le quedaba un hilo de consciencia.

—Revisadlo —oyó muy lejos.

Le quitaron la talega y el cuchillo.

—*Matádeo*. —La voz era hielo, otra vez—. Pero sin prisas. *A modo*.

En medio de la niebla que embotaba su mente, aquellas palabras llegaron extrañamente altas y claras. Iba a morir como un perro.

Así que de ese modo acababa todo. En un callejón perdido de una ciudad hedionda. Tuvo un último pensamiento para su madre. Un último ahogo de dolor.

Casi se sintió aliviado.

El jodido demonio iba a tener que buscarse otro cuerpo.

GUÍA DE PERSONAJES

Los halcones

Rodrigo de Luna: arzobispo de Santiago de Compostela de 1451 a 1460, capellán del rey, notario mayor del reino de Galicia y oidor de la Real Audiencia y del Consejo. Sobrino del condestable de Castilla don Álvaro de Luna.

Afonso Sánchez de Ávila: primer secretario de Rodrigo de Luna, contador mayor y chantre de la catedral de Santiago.

Álvaro Sánchez de Ávila: hermano de Afonso, tenente de la fortaleza de Rocha Forte.

Álvaro de Luna (1390-1453): condestable de Castilla, maestre de la Orden de Santiago y favorito de Juan II de Castilla; ejecutado en 1453. Tío de Rodrigo de Luna.

Mingos (Domingos): curandero y adivino del arzobispo Rodrigo de Luna. *Personaje de ficción*.

Fernando de Castro: arcediano de Nendos, descendiente de la casa de Castro, la estirpe más poderosa de Galicia durante los siglos XIII y XIV, fiel a Rodrigo de Luna.

Francisco Rodríguez de Toledo: licenciado, maestrescuela de la catedral de Santiago de Compostela, fiel a Rodrigo de Luna.

Pedro Álvarez Osorio (1430-1483): señor de Ribera y Cabrera, Caldelas, Triacastela y primer conde de Lemos desde 1456; uno de los señores más poderosos de Galicia, mantuvo una dura pugna con su pariente Pedro Álvarez Osorio, conde de Trastámara, con el que compartía el nombre, por reunificar el antiguo señorío de los Castro, que se había dividido entre los condados de Lemos y Trastámara.

Beatriz Enríquez de Castro: hija de Pedro Enríquez de Castilla, conde de Trastámara, y heredera única del linaje de los Castro; primera esposa de Pedro Álvarez Osorio; condesa propietaria de Lemos.

Alonso Osorio de Castro (1442-1467): primogénito varón del conde de Lemos, señor de Ponferrada, Villafranca, Sarria y Lemos.

Paio de Baz: llamado el Tuerto. Escudero de Alonso Osorio. *Personaje de ficción.*

Mendo: hombre de armas al servicio de Alonso Osorio. *Personaje de ficción.*

Rudesindo: hombre de armas al servicio de Alonso Osorio. *Personaje de ficción.*

Roi de Moscoso y Limia: señor de Moscoso, Altamira, Ulloa y Monterrei y pertiguero mayor de Santiago de Compostela entre 1456 y 1458.

Xoana de Castro: esposa de Roi de Moscoso y madre de Bernal, Alvar, Inés y Urraca. Era de familia noble vinculada con la Corona castellana y aragonesa.

Bernal Eáns de Moscoso: primogénito de Roi de Moscoso y heredero de los señoríos de Moscoso, Altamira, Ulloa y Monterrei, de los que fue titular entre 1458 y 1466.

Alvar Pérez de Moscoso: segundo hijo de Roi de Moscoso.

Inés: hija de Roi de Moscoso.

Urraca: hija de Roi de Moscoso.

Roi Sánchez de Moscoso (1402-1456): padre de Roi de Moscoso, señor de Altamira, Ulloa y Monterrei, casado con Inés de Limia y uno de los caballeros más renombrados de su época.

Pedro de Neveiro: escudero de Roi de Moscoso.

Judith: barragana de Bernal. *Personaje de ficción.*

Berto: criado de Bernal. *Personaje de ficción.*

Pedro Álvarez Osorio: señor de Villalobos, Valderas, Castroverde, Burón, Cervantes y Traba, alférez mayor del Pendón del Rey y primer conde hereditario de Trastámara entre 1445 y 1461. Fue uno de los señores más poderosos de Galicia; mantuvo una dura pugna con su pariente Pedro Álvarez Osorio, conde de Lemos, con el que compartía el nombre, por reunificar el antiguo señorío de los Castro, dividido entre los condados de Lemos y Trastámara.

Inés de Guzmán: duquesa de Vilalba y señora de Belmonte, Cangas y Tineo, tercera esposa de Pedro Álvarez Osorio.
Álvaro Osorio: primogénito y heredero del conde de Trastámara.
Pedro Osorio: segundo hijo varón del conde de Trastámara.
Luis Osorio: tercer hijo varón del conde de Trastámara.
María: hija mayor del conde de Trastámara.
Constanza: hija menor del conde de Trastámara.
Fadrique Enríquez (1388-1430): noble castellano, hijo del conde Pedro Enríquez de Castilla; fue duque de Arjona y conde de Trastámara, Lemos, Sarria, Viana y O Bolo y pertiguero mayor de Santiago. Bisnieto de Alfonso XI de Castilla.
Roxer: escudero de Pedro Osorio. *Personaje de ficción.*

Los Andrade: familia noble gallega con señoríos en A Coruña y Lugo.
Fernán Pérez de Andrade el Mozo (1441-1470): sexto señor de Pontedeume, Ferrol y Vilalba. Mantuvo una dura disputa por el control de la villa de realengo de Betanzos con Gómez Pérez das Mariñas, señor de Suevos.
Nuno Freire de Andrade el Malo: señor de Pontedeume y Ferrol, padre de Fernán Pérez de Andrade el Mozo. Contra él se levantó la Irmandade Fusquenlla en 1431.

García de Caamaño: señor de Rubiáns, en Vilagarcía de Arousa, desde 1458.

Los Lanzós: familia noble de la zona de A Coruña, vasallos de los Andrade. Uno de sus miembros, Alonso de Lanzós, se alzó contra Fernán Pérez de Andrade el Mozo y fue uno de los principales dirigentes de la Gran Revuelta Irmandiña entre 1467 y 1469.

Los Mariñas: familia noble gallega con señoríos en A Coruña.
Gómez Pérez das Mariñas: señor de Suevos, Oseiro, Erboedo, Torás y Orto y gobernador de la villa real de Betanzos en nombre del rey, paje de Juan II en Castilla y acreditado maestro de armas y ganador de torneos.
Los Esquerdos: familia de bandoleros a las órdenes de don Gómez Pérez das Mariñas.

Los Mendoza: familia noble de origen andaluz; algunos de sus miembros se asentaron en la Tierra de Santiago cuando Lope de Mendoza fue nombrado arzobispo de Santiago (1399-1455).

Lope de Mendoza: obispo de Mondoñedo (1393-1399) y arzobispo de Santiago de Compostela de 1399 a 1445.

Los Mera: familia noble de la Tierra de Santiago, tenentes de torres.

Los Montaos: familia noble de la Tierra de Santiago, tenentes de torres.

Pero Bermúdez de Montaos: señor menor de la casa Moscoso, señor de Montaos y tenente del castillo de Penaflor.

Los Pimentel: familia noble castellana instalada en Galicia en el siglo xv.

Rodrigo Alonso Pimentel (1441-1499): cuarto conde y primer duque de Benavente, ricohombre de Castilla y comendador vitalicio de la ciudad de Ourense.

Los Sarmiento: familia noble del sur de Galicia, con señorío en Ribadavia.

Diego Pérez Sarmiento: señor de Ribadavia, adelantado mayor de Galicia y primer conde de Santa Marta.

Los Soutomaior: familia noble muy influyente en el sur de Galicia dividida en dos ramas, los Soutomaior de Toroño al sur y los de Lantaño al norte. Dominaron importantes villas, como Tui, Baiona, Vigo, Redondela o Pontevedra.

Sueiro Gómez de Soutomaior: cabeza de los Soutomaior de Lantaño, hijo de Paio Gómez de Soutomaior, embajador de Enrique III en Tartaria. Señor de cuatrocientos vasallos.

Alvar Paes de Soutomaior (1435-1468): cabeza de los Soutomaior de Toroño, enfrentado a los Sarmiento de Ribadavia y los Pimentel de Benavente.

Los Ulloa: familia noble de la zona de Lugo entroncada con los Soutomaior de Toroño y los Moscoso.

Los Xunqueira: familia noble de la Tierra de Santiago, tenentes de torres.

Los gorriones

Guímaro: juglar y titiritero itinerante. *Personaje de ficción.*

Goros: esgrimista y titiritero, compañero de maese Guímaro. *Personaje de ficción.*

Moreda

Estevo de Trobos: siervo de Trobos, junto a la aldea de Moreda, perteneciente al condado de Lemos. *Personaje de ficción.*

María: aldeana y mujer libre de Moreda. *Personaje de ficción.*

Xosé: labriego, esposo de María. *Personaje de ficción.*

Padre Bermudo: cura de Moreda. *Personaje de ficción.*

Pascoal: tabernero. *Personaje de ficción.*

Bartolomeu: anciano. *Personaje de ficción.*

Miguel: amigo de Estevo. *Personaje de ficción.*

Lourenzo: hermano de Miguel. *Personaje de ficción.*

Santiago de Compostela

Mencía Cabreiro: doncella libre. *Personaje de ficción.*

Martiño Cabreiro: hermano de Mencía. *Personaje de ficción.*

Xan Cabreiro: posadero, propietario de la posada del León Real, padre de Martiño y Mencía. *Personaje de ficción.*

Einés: ama de Mencía y Martiño. *Personaje de ficción.*

Antonia: criada de Xan Cabreiro. *Personaje de ficción.*

Antón: criado de Xan Cabreiro, lacayo principal (maestresala). *Personaje de ficción.*

Paio: mozo de cuadra de Xan Cabreiro. *Personaje de ficción.*

Mariña: criada de Xan Cabreiro, esposa de Paio. *Personaje de ficción.*

Florinda: criada de Xan Cabreiro. *Personaje de ficción.*

Arnao Calteno: joven estudiante, amigo de Martiño Cabreiro e hijo del cambista Airas Calteno. *Personaje de ficción.*

Airas Calteno: padre de Arnao, cambista más rico de Santiago, regidor del concejo de Santiago, mayordomo de la cofradía de los cambiadores. *Personaje de ficción.*

Guiomar: madre de Arnao. *Personaje de ficción.*

Branca: dueña de doña Guiomar. *Personaje de ficción.*

Gabriel el Arcanxo: malhechor de Santiago, mayordomo de la cofradía de San Dimas, formada por los ladrones, estafadores, mendigos, cortabolsas y prostitutas que operan en la ciudad. *Personaje de ficción.*
Desfeito: pordiosero a las órdenes del Arcanxo. *Personaje de ficción.*
Xoana: compañera de Desfeito. *Personaje de ficción.*
Viruelas: hombre del Arcanxo. *Personaje de ficción.*
Palante: hombre del Arcanxo. *Personaje de ficción.*
Andresito el Fendas: hombre del Arcanxo. *Personaje de ficción.*

Ramla: muchacha musulmana, antigua esclava del Arcanxo y miembro de la banda del Loberno. *Personaje de ficción.*
Xocas: miembro de la banda del Loberno. *Personaje de ficción.*
Raposo: miembro de la banda del Loberno. *Personaje de ficción.*
Antón el Manco: miembro de la banda del Loberno. *Personaje de ficción.*
Pero el Tiñas: miembro de la banda del Loberno. *Personaje de ficción.*
Fedorento: miembro de la banda del Loberno. *Personaje de ficción.*
Marelo: miembro de la banda del Loberno. *Personaje de ficción.*

Vasco Martíns: monje benedictino, miembro del cabildo catedralicio y alcalde del concejo de Santiago de Compostela.
Xoán Vinagre: regidor de Santiago.
Mero Sánchez: regidor de Santiago.
Ares Afonso: peletero y regidor de Santiago.
Xoán de Monreal el Viejo: cambiador de Santiago de Compostela.
Fernán Rodero: boticario de Compostela.
Fernando: hijo de un azabachero de Santiago. *Personaje de ficción.*
Cibrán: esportillero de Santiago de Compostela. *Personaje de ficción.*
Tareixa: prostituta de Santiago de Compostela. *Personaje de ficción.*
Pascoala: mujer del arrabal de Santa Susana. *Personaje de ficción.*

Aldea en el alfoz de Betanzos
Roi: chiquillo de una aldea en el alfoz de Betanzos. *Personaje de ficción.*
Pero: amiguito de Roi. *Personaje de ficción.*
Xocas: amiguito de Roi. *Personaje de ficción.*
Catalina: hermana de Roi. *Personaje de ficción.*

Padre Cristovo: cura. *Personaje de ficción.*
Escravitude: anciana. *Personaje de ficción.*

Villa real de Betanzos
Xoán Branco: notario y *home bo* (hombre bueno) del concejo de la villa.
Leonor: hermana de Xoán Branco. *Personaje de ficción.*
Fernando Sobrado: herrero, mayordomo de su gremio y jurado del concejo de Betanzos.
Pedro Gonzalo de Viladesuso: zapatero, jurado del concejo de Betanzos.
Alonso de Carballido: escribano, jurado del concejo de Betanzos.
Roi de Toar: mercader, jurado del concejo de Betanzos.

Bosque cerca de Santiago
Farrapos: aldeano refugiado en el bosque que está al frente de un grupo de villanos huidos. *Personaje de ficción.*
Xoana: aldeana refugiada en el bosque. *Personaje de ficción.*
Fray Bernabé: llamado el Abade, predicador errante, antiguo abad de un monasterio. *Personaje de ficción.*

Dona: ramera en el ejército del conde de Lemos. *Personaje de ficción.*
Euloxia: ramera en el ejército del conde de Lemos. *Personaje de ficción.*

Otros

Enrique IV de Castilla (1425-1474): hijo de Juan II de Castilla, reinó de 1454 a 1474. Hermano por parte de padre de Isabel I de Castilla.
Juana de Avis y Aragón (1439-1475): segunda esposa de Enrique IV, hija póstuma del rey Eduardo I de Portugal y madre de Juana la Beltraneja.
Blanca de Navarra (1424-1464): primera esposa de Enrique IV.
Juan Pacheco (1419-1474): señor de Belmonte, marqués de Villena, conde de Xiquena y duque de Escalona, valido de Enrique IV.
Beltrán de la Cueva (1443-1492): conde de Ledesma, Huelma y Alburquerque, maestre de la Orden de Santiago y valido de Enrique IV.
Guiomar de Castro: dama de la reina Juana de Avis.

Juan II de Castilla (1405-1454): monarca de Castilla entre 1406 y 1454, padre de Enrique IV e Isabel I.

Juan II de Aragón (1398-1479): rey de Navarra de 1425 a 1479 y rey de Aragón de 1458 a 1479.

Muhammad XI: apodado el Chiquito, rey musulmán de la dinastía nazarí de Granada entre los años 1453 y 1454. Dominaba Granada, Málaga, Guadix y Almería.

Abu Nasr Sa'd: también llamado Mulay Zad, rey musulmán de la dinastía nazarí de Granada en dos períodos, entre los años 1454 y 1464. Sultán de Archidona y Ronda.

Muhammad IX: apodado el Zurdo, rey musulmán de la dinastía nazarí de Granada que reinó entre 1419-1427, 1429-1431, 1432-1445 y 1447-1454. Dominaba los castillos de Íllora, Moclín y Gibraltar.

Calixto III (1378-1458): nacido Alfonso de Borja, fue papa de Roma entre 1455 y 1458.

Álvaro de Isorna: arzobispo de Santiago de Compostela de 1445 a 1449.

Roi Xordo: hidalgo de la casa de Andrade que en 1431 encabezó la Irmandade Fusquenlla en su revuelta contra Nuno Freire de Andrade el Malo.

Juan de Meun (1250-1305): poeta francés del siglo xiii, autor del *Roman de la Rose*.

Juan Wiclif (1320-1384): teólogo inglés del siglo xiv, autor de *De civili domino*.

Juan Froissart (1337-1405): cronista francés del siglo xiv.

ÍNDICE

Prólogo. La chispa que prende los anhelos 11

Primera parte. La ciudad que llaman santa
De marzo a abril de 1458

1. Un siervo con un demonio dentro 29
2. Una doncella con redaños 43
3. Una campaña muy oportuna 63
4. La posada del León Real 77
5. Lejos de oídos indiscretos 91
6. Un hombre que puede matarme o dejarme con vida . 105
7. Una liebre tras los lobos 117
8. ¿Harías eso por mí? 133
9. Un burbujeo de esperanza 143
10. El mejor santiguador de bolsillos de la ciudad 155
11. El rey nos espera 163
12. Gabriel el Arcanxo 177

Segunda parte. La ciudad disputada
De abril a junio de 1458

13. Un giro en la rueda de la Fortuna 191
14. Una proeza sin parangón 207

15. La huida de las ratas 227
16. No hay mejor caldo que el bien revuelto 245
17. Lo único que resta por hacer 263
18. El momento de la verdad 283

Tercera parte. La ciudad de los hermanos
De junio de 1458 a septiembre de 1459

19. Un ejército de villanos 319
20. Cuadrilleros 335
21. El ruido de los martillos 367
22. El camino, el lodo y la sangre 393
23. La hora de las armas 411
24. Un infierno de sangre y muerte 425
25. Ese frágil equilibrio 443
26. Un vacío bajo los pies 463

Cuarta parte. La ciudad de los halcones
De septiembre de 1459 a enero de 1460

27. ¿Es esta la voluntad de la Irmandade? 489
28. El otoño más extraño 503
29. Todo saldrá bien, ya verás 523
30. Traición y felonía 537

Epílogo. La chispa que prende los anhelos 563

Unas notas sobre la historia 567
Los imprescindibles agradecimientos 573
Guía de personajes 575